



EL ADMOVI

César López Eireos

EL ADMOVI



Primera edición: noviembre 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© César López Eireos

ISBN: 978-84-18250-22-4

ISBN digital: 978-84-18250-23-1

Depósito legal: M-9263-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

PRIMERO. VIVO ENTRE LOS MUERTOS.....	11
SEGUNDO. MUERTO ENTRE LOS VIVOS	63
TERCERO. EL OTRO FINISTERRE	125
CUARTO. PAZ EN LAS AGUAS.....	215
QUINTO. TRAS LAS HUELLAS DE DOS GIGANTES	361

PRIMERO

VIVO ENTRE LOS MUERTOS

El caso era el que era, que no era precisamente malo. Brais estaba en el coche de Amparo, que lo llevaba de vuelta a Santiago, a casa con mamá y papá. No es que fuera un problema, Amparo conducía como los ángeles y la autopista estaba vacía, así que no había problemas de circulación.

Era ya noche cerrada, pero es que en Galicia a mediados noviembre a las 23:15 ya se veían las estrellas desde hacía horas. Y Brais había conseguido distinguir el Cinturón de Orión, el Águila y el Cisne, o eso creía, ya que las estrellas se le resistían.

Pero luego Amparo había soltado la ametralladora y a Brais solo le quedó esperar. Su hermana mayor era poco menos que insoportable: decía dos palabras seguidas y comenzaba a largar.

—... Es que yo no creo que mamá tenga derecho a decidir si a mí me gusta el chico ese, Alexandre —decía ella, a despecho que su hermano no conociera al tal Alexandre—. Es un mozo encantador y curra que da gusto, además... —y cambiaba de tema sin ton ni son.

Y cuando Amparo estallaba de esa manera, a Brais solo le quedaba intentar quedarse con lo que decía su hermana mientras esperaba a que se le acabase el fuelle. Entonces tendría que contestarle algo, preguntarle por el tal Alexandre o por cuándo mamá iba a enseñarle a hacer sus croquetas.

—Papá dice que le gusta que seas tan curioso y te muevas tanto —dijo ella de repente—. Pero que parece que no haya nada en lo que te centres en serio.

—¿Y? —replicó Brais lacónicamente.

—Pues, hermanito, pasa que ya tienes 16 añazos —y le alargó la mano para pellizcarle la mejilla—. Y solo te quedan dos añitos para elegir la carrera que vas a cursar.

—¡Bueno! —replicó Brais—. Todavía son dos años.

—Pero es que no puedes estudiar geografía, naturales y psicología a la vez —insistió ella—. Eres un jovencito superinteligente y muy guapo —guiñó un ojo—. Pero tienes que escoger algo para estudiar en concreto, quizá no sea lo que más te mole, pero es lo que hay.

Y Brais se volvió, molesto.

—Vamos a ver, hermanito —insistió ella—, ¿a ti qué es lo que te mola de verdad? ¿Los mitos y los mapas?

Brais asumió la objetividad del argumento de Amparo: a Brais le encantaban los mapas y los mitos. De hecho, tenía un mapa-mundi en su habitación por encima de la cama y varios libros de mitos. Pero había algo más que nadie más que él sabía: era cosa de un libro que había leído hacía poco en la biblioteca a la que solía ir su familia. Lo había encontrado una tarde que no tenía nada que hacer, era un libro viejo y ajado pero no muy antiguo y muy cortito: *Ciencia vs. religión. Un falso conflicto*, de un autor llamado Stephen Jay Gould. Lo cogió y empezó a leerlo, y lo enganchó tanto que se lo terminó de una tacada.

Aquel libro le abrió un nuevo mundo de entendimiento: los comentarios agnósticos de Darwin, Huxley y el propio Gould, así como las referencias a las llamadas falacias de «todas las cosas bajo mis pies» y «todas las cosas bonitas». Era algo tan extraño, tan nuevo... no podía ignorarlo. Lo malo era que ningún filósofo manejaba las tesis de Gould, parecía que solo aparecían en expertos en ciencias naturales, especialmente biólogos y ecólogos. Y aquellas eran disciplinas que a Brais le eran completamente ajenas.

De repente se encontraba entre sus grandes pasiones de toda la vida y una nueva visión filosófica que no tenía forma de estudiar. Quizá había llegado la hora de comentárselo a su hermana mayor a ver si podía ayudarlo a encontrar una respuesta antes de hablar con sus padres.

Amparo llevaba un momento callada, concentrada en la carretera, que estaba un tanto encharcada por las *treboadas* de la tarde. Parecía que algo le estaba llamando la atención. Brais se calló, sabía que su hermana era buena conductora. Un coche pasó justo al lado de ellos. No pasó nada, Amparo suspiró tranquila.

Entonces, otro coche se cruzó con ellos, Amparo dio un volantazo pero no consiguió evitar el quitamiedos. El otro coche chocó contra ellos, se veía que el conductor no era ningún experto. Entre el volantazo y el coche despegó y dio una vuelta de campana, quedando por lo menos derecho.

Amparo se encontró estrellada contra el airbag, con un enorme corte en el brazo, dos dientes rotos y escupiendo sangre. Miró hacia Brais, parecía que se movía. Consiguió agarrar el móvil para llamar al servicio de urgencia, solo pudo decir lo justo.

El otro coche había tomado las de Villadiego, aquel imbécil había huido como una rata. «Maldito cabrón», pensó ella «Más te vale esconderte, ¡cómo te encuentre te mato!». Y se volvió hacia su joven hermanito.

—Brais —dijo, sin respuesta—. ¿Brais? ¿Brais?

Sin respuesta, el chico estaba quieto. Tieso. Amparo consiguió desabrocharse el cinturón para echar un vistazo a su hermano y... y... se arrepintió. La cara de Brais era el reflejo del dolor, estaba tieso, pálido, sus ojos estaban vacíos... Amparo rompió a llorar. ¡Su precioso hermanito había muerto! ¡Y había sufrido antes de hacerlo!

*

Brais abrió los ojos. Todo le dolía. Pero era un dolor indefinible, incomprensible. Le dolía todo, especialmente la cabeza y el cuello.

Pero aquel era un dolor que lo rebasaba todo. El cuerpo se le entumecía pero le seguía doliendo más y más.

Volvió a cerrar los ojos, pero no tuvo fuerzas para gritar. Era como si lo estuviesen trinchando con un millón de estacas en cada célula de su cuerpo. Se irguió, volvió a abrir los ojos y dejó de dolerle un poco.

Entonces vio algo que no fue malo por carecer de sentido, sino por tenerlo. Estaba al linde de un río, un tipo en una barca estaba mirándolo. El tiparraco parecía una especie de momia, pero tenía mucha carne seca sobre los huesos.

—¿Eres el barquero Caronte? —preguntó Brais.

—Veo que sabes lo que hay —replicó el barquero.

Brais se quedó sin habla. Entonces, bajó de la barca una mujer bellísima. Tanto como para dejarle sin aliento: era alta, pelirroja, elegante y de facciones nobles.

—¿Te molesta la muerte, jovencito? —dijo ella—. Pues me temo que ya no tiene remedio.

Brais siguió sin saber qué decir. La señora le dio una espaldarada y le entregó una moneda de oro.

—Toma esto —dijo—. Me has caído simpático, la mayoría sufre terror en esta situación y tú estás intentando entender.

Brais descubrió que tenía una moneda de cobre en la mano, pero la moneda de la señora le pareció un mejor pago para el barquero.

Después de todo, si aquel iba a ser su último viaje, mejor sería hacerlo bien.

El río era extenso y Brais se preguntó si sería el río Estigia o el Leteo. «Por lo menos me sirve para algo el haber leído tanto». El barquero remaba con parsimonia, como si no le importara nada. Este aplicaba al máximo la regla del «ya he cobrado».

Por fin llegaron a la otra orilla en un paisaje desolado y oscuro. Por lo menos el cuerpo había dejado de dolerle.

—Bueno —dijo el barquero—. Tú te quedas en este lado. Y hasta siempre.

Brais se apeó de la barca sin decir palabra. El barquero dio un golpe de remo a la orilla, comenzó a remar hacia la otra orilla y se perdió entre la niebla sin mediar palabra.

Brais se quedó más solo que la una en medio de ningún sitio. El paisaje era crepuscular y oscuro, muerto y estéril. Ni hierba, ni brisa, ni frío, ni calor... nada. «¿Este es el mundo de los muertos? ¿Qué clase de sitio es este?». Menuda eternidad más chunga le esperaba en aquel lugar.

Finalmente se puso a andar en dirección contraria a la costa, para hacer algo. Recorrió un breve camino que no tardó en empinarse y volverse más pedregoso, luego escalonado, hasta que directamente se dio cuenta de que estaba subiendo escaleras. Cuando llegó al final de la escalera, la niebla se disipó y Brais se encontró justo delante de un palacio enorme.

Era de color blanco, con una entrada sostenida por ocho enormes columnas que parecían estar hechas de mármol. En la entrada había una inscripción que rezaba «Que abandone toda esperanza quien entre aquí». Brais se quedó parado, intimidado ante semejante amenaza.

—No te hagas muchas ilusiones —escuchó de repente—. Todos los que llegamos hasta aquí no tenemos otro camino que entrar en el foro.

—¿Quién está ahí? —preguntó Brais, mirando alrededor.

—Me temo que yo —repitió la voz.

—¿Quién eres? —insistió Brais.

Y, como de la nada, apareció un varón adulto no mucho más grande que él, engalanado en una armadura dorada que parecía emanar una luz propia en aquel crepúsculo. Sus enormes ojos eran azules y enamoraría a cualquier mujer; por debajo de su casco, semejante al de los antiguos hoplitas griegos, caían mechones rubios.

—Soy Aquiles, hijo de Peleo, hijo de Eaco —dijo al fin.

—¿Tú eres Aquiles? —preguntó Brais.

—¿Qué pasa? —replicó Aquiles, visiblemente molesto—. ¿Parece que no sepas hacer más que preguntar? ¡Claro que soy

Aquiles! Soy el más poderoso guerrero que ha visto el mundo y por ello soy el alguacil de este tribunal.

—¿Tribunal? —preguntó Brais—. ¿Este es el lugar donde se juzgan las almas?

—En efecto —replicó Aquiles—, en este lugar los jueces deciden qué se hace con las almas de los muertos.

—¿Y la inscripción de la entrada? —insistió Brais.

—¡Eso se lo preguntas al juez! —restalló Aquiles, harto de tanta pregunta—. O entras o te meto a hostias.

—Vale, vale... —dijo Brais, no fuera a llevarse un sopapo del mismísimo Aquiles.

Se encaminó a la entrada, la puerta se abrió y entró. Dentro había una descomunal estancia completamente vacía, de un extraño diseño que hacía que fuera hermosa en su conjunto. Aquiles entró detrás de él.

—Siéntate —dijo, señalando un banco.

Brais le hizo caso y Aquiles se puso insigne.

—Hace entrada el honorable juez Eaco —prosiguió el héroe antiguo.

Y entró el que debía de ser el juez Eaco, el medio hermano del rey Minos. Y de verdad Brais abandonó toda esperanza. Hasta entonces podía creer que todo aquello era una alucinación, un producto de su mente, que aún podía estar vivo y despertar. Pero la presencia del juez Eaco le hizo desistir. Podía imaginar a la señora pelirroja, podía imaginar al barquero o a Aquiles. Pero no podía imaginar al juez Eaco.

No existe forma de describir lo aterrador que era: un apuesto hombre maduro de largas melenas blancas, pertrechado de una armadura negra bajo su capa oscura. Pero su presencia era mucho más, era inalcanzable, imparabile o inmisericorde. Brais se había acordado de que aún tenía dentro del bolsillo la moneda de cobre, la cogió y la miró. Quizá la moneda de oro si podría haber servido, pero... pero... comprar a aquel juez le parecía como intentar detener un alud, una avalancha y le pareció una sensación

tan real... dio la vuelta a la mano y tiró la moneda al suelo. Se sintió aliviado.

—Veo que eres inteligente —comentó el juez sin levantar la mirada de sus papeles—. Veamos... Tú te llamas Brais Covelo Fernández. Nacistes en Santiago de Compostela hace 16 años y tres meses. Y no has hecho nada que sea condenable... —se quedó mirando sus papeles—. Vaya, vaya... ¡Aquiles!

—¡Señor! —replicó Aquiles.

—Llévate a este crío ante Teseo —sentenció el juez—. Voy a convocar a mis hermanos. Estamos ante un caso de juicio extraordinario.

—¿Juicio extraordinario? —preguntó Aquiles—. ¿A este mierdecilla?

—A este mierdecilla —replicó el juez.

—Pero si no he hecho nada condenable... ¿Por qué hacerme un juicio extraordinario? —intervino Brais.

—Eso lo decido yo —replicó el juez Eaco—. ¡Ale, ale! A lo mejor tienes bastante que hablar con Teseo.

—¿Teseo el del minotauro? —dijo Brais.

—¿Es que no se te acaban nunca las preguntas? —restalló Aquiles, la mar de enfadado.

Aquiles sacó a Brais de la estancia y se lo llevó por aquel paisaje tan lúgubre. Brais guardó silencio, no queriendo empeorar las cosas. No era una gran idea enfadar a un combatiente semejante, además la presencia del juez le había hecho abandonar toda esperanza: estaba muerto y su destino en las manos de otros.

Pero, en el Foro del Hades, el juez Eaco había reunido a sus medios hermanos: el rey Minos y Radamantis. Los tres jueces del infierno. Desde hacía miles de años ellos juzgaban las almas que abandonaban el reino de los vivos. Ellos estaban allí siempre y eran sumamente poderosos y hábiles. Nadie podía escapar de ellos. De su justicia y de su poder. Nadie era tan anciano como ellos ni tan sumamente poderoso. Su justicia era despiadada e inexorable.

Y ahora, un muchacho que no había vivido ni dos décadas había logrado reunir a los señores del otro mundo.

—Dinos, hermano —reclamó Minos—, ¿qué te hace convocarnos?

—Os necesito —contestó Eaco—. Ha llegado a este triste lugar un muchacho interesante. Poco más que un crío, pero creo que es lo que necesitamos.

—¿Y para qué necesitaríamos nosotros a un crío? —insistió Radamantis.

—Lo sabes tan bien como yo —replicó Eaco.

Teseo se negó a recibir a Brais con mil artimañas, forzando la agotada paciencia de Aquiles. Pero el paladín del sitio de Troya parecía respetar al rey de Atenas. A Brais le hacía gracia el modo en que Aquiles intentaba controlar su naturaleza impaciente en un lugar donde daba la impresión de que había todo el tiempo del mundo «Se ve que la eternidad es muy larga y la gran mayoría de los muertos lo han pillado. Se ve que eso era a lo que se refería la inscripción de la entrada del tribunal. Los muertos nos quedamos en esta especie de Hades vacío para siempre. Un final especialmente fastidiado».

Pero, de repente, Teseo abandonó su refugio. Estaba engalanado con una armadura refulgente de color oscuro y era inmenso: le sacaba más de una cabeza a Aquiles y una enorme melena roja le caía sobre los hombros de armario. Debía de pesar más de 100 kilos y era puro músculo.

—¿Ahora qué pasa? —suspiró Aquiles, más aburrido que otra cosa.

—Los jueces me han convocado para un fallo extraordinario —replicó Teseo, dirigiendo su mirada directamente a Brais—. Este niño les interesa especialmente.

—Por consiguiente, pasa a ser asunto, y donde digo asunto digo problema, tuyo —sentenció Aquiles.

—Yo no lo habría descrito mejor —sentenció Teseo—. Ahora este niño tiene que ser un hombre.

—¡Eh! —restalló Brais—. ¡Que estoy aquí! ¿Se puede saber de qué estáis hablando?

Teseo lo agarró y levantó sobre el suelo.

—No se puede —dijo—. Eso no entra dentro de mis competencias. Relájate y disfruta, chico.

*

Teseo acompañó a Brais de vuelta al tribunal y se mostró más cooperativo que Aquiles. Le contó que la vida en el otro mundo era mucho más que aquel vacío y que los jueces, por bien que aterradores, eran señores justos y tomaban sus decisiones de una manera mucho más liberal y magnánima de lo que parecía.

Aquiles se había convertido en el alguacil personal de Eaco en parte por su poder y en parte por ser su nieto. Mientras que el alguacil de Minos era Héctor y el de Radamantis, Belerofonte. Los jueces no eran nada dados a escoger sus agentes a la ligera. Y él, Teseo de Atenas, había sido el más poderoso y temido de todos.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo? —preguntó Brais—. Yo no soy un héroe ni un caballero.

—Y puedes dar las gracias por ello —dijo Teseo—. Porque ser un héroe es un destino desgraciado para ti y los que amas.

En medio de la conversación, llegaron de nuevo al tribunal, que en realidad se llamaba el Foro del Hades, donde se encontraba el aterrador mensaje: «Que abandone toda esperanza quien entre aquí».

—¿Cuánto tiempo lleva aquí ese mensaje? —preguntó Brais.

—Algo más de cinco siglos —replicó Teseo.

—¿Solo?

—Sí —replicó Teseo, sonriendo—. La frase de Dante Alighieri, y *La divina comedia* en general, le hizo tanta gracia al rey Minos que hizo que el poeta y magistrado florentino la grabara en la entrada del foro.

—¿Entonces es solo un capricho? —Brais no se lo creía.

—Es algo más que un capricho —replicó Teseo—. Pero lo que pasa es que el que manda, manda —suspiró—. Bueno, jovencito, entra en el foro con esperanza si lo deseas, pero no esperes nada, literalmente nada.

—¿Literalmente nada? —preguntó Brais, sonriendo—. ¿Ni siquiera un veredicto?

—Ni siquiera un veredicto —sentenció Teseo, devolviendo la sonrisa.

Así, Brais volvió a ponerse en movimiento sobre las escaleras del Foro del Hades. Ahora reconocía el sabor clásico del lugar, su arquitectura helénica y su buen gusto general. Si el rey Minos había hecho que Dante grabara su frase en la roca solo porque le había hecho gracia, debía de mandar bastante. Pero había sido Eaco el que había convocado aquella reunión.

Y allí estaba él, un niño que había atraído la atención de auténticos semidioses. Aquiles estaba allí, discutiendo con Héctor y Belerofonte de una manera muy animada. Como si el que hubiese matado a Héctor no fuese un problema entre ellos.

—Parecen tranquilos —observó Brais.

—¿Para qué preocuparse? —dijo Teseo—. Los jueces han reunido a algunos de los mejores soldados de este triste mundo.

Y señaló a un hombre oriental barbado y robusto y a otro hombre descomunal, incluso más grande que el propio Teseo.

—Parece que ha llegado el momento —dijo el oriental.

—¿El momento de qué? —preguntó Brais.

—Eso no lo sabe nadie salvo los jueces —sentenció Teseo.

Las puertas del foro se abrieron y Brais volvió a entrar. En este caso, la sala del juicio contenía ahora un pequeño grupo de seres humanos, que aguardaba en sendas sillas. Los tres jueces estaban en lo alto de su tribuna en una mesa soberbiamente barnizada. Eaco estaba en el centro. Minos debía de ser el de la derecha, algo más bajo que Eaco, con más melena y unos ojos blancos completamente impenetrables. Radamantis debía de ser el de la izquierda, era el más pequeño y discreto de los tres.

Teseo y los distintos guerreros que habían aparecido fueron tomando asiento y poniéndose a disposición de los jueces, a los que saludaban cada uno a su manera. Teseo se quedó erguido y asintió. A continuación, llegó el tipo mastodóntico, que se arrodilló.

—Soy Beowulf de los Getas —dijo.

«¡Nada menos que Beowulf!», pensó Brais. Luego llegó el oriental que realizó una reverencia samurái.

—Soy Kambei el Afable —dijo.

Luego, llegó una mujer muy sonriente, que hizo una reverencia exagerada, casi como si fuera de broma.

—Soy Donatella di Livio —dijo ella.

—Bien, bien —sentenció Eaco cuando todos los guerreros se hubieron sentado—. Hoy nos hemos reunido los tres jueces y algunos de nuestros más valiosos agentes para tomar una decisión en sumario extraordinario sobre el caso del joven Brais Covelo Fernández.

Y como vio que Brais seguía de pie con los ojos desorbitados a medio paso entre la estupefacción y el terror, no pudo contener una risita.

—Rogamos al sujeto de juicio que tome asiento —dijo Minos, sin mover un músculo.

Brais se sentó obedientemente en una butaca de mármol.

—Hemos debatido este caso denodadamente —dijo el juez Minos—. Por el puro y triste motivo de que esta es una decisión muy importante: no podemos permitirnos cometer un solo error. Antes al contrario: casi es mejor pecar por omisión que por decisión errada.

—Pero la decisión —dijo Eaco— parece interesante. De hecho... creo que hemos encontrado lo que necesitamos en esta pequeña forma.

—Estoy de acuerdo —coincidió Radamantis—. La discusión ha sido complicada y hemos sido todo lo minuciosos que se puede ser —asintió lacónicamente—. No existe una sola razón para una omisión.

Teseo miró a Brais de manera incomprensible. El juez Eaco avanzó con seriedad.

—Dime, Brais —dijo—. ¿Quieres vivir o quieres morir?

—¿Cómo? —Brais se quedó horrorizado.

—Si eliges morir, emitiremos un veredicto —replicó Eaco—. Si eliges vivir, en mi mano se halla devolvarte al mundo de los vivos en la forma de la que viniste.

Aquello dejó a Brais hecho polvo. «¿Puedo vivir?». Ya se había hecho a la idea de haber fallecido, aguardaba un destino con la esperanza que daba el que el juez considerase que no había cometido ningún acto punible. Pero ahora le hablaban de vivir. ¿Qué pensar en semejante situación? ¿Podía creer aquello? Aquello se le escapaba a todos los niveles que se podía imaginar: quedarse en el mundo de los muertos o volver a la vida. Era algo tan atractivo y a la vez tan aterrador... decían que habían deliberado mucho y que debían de tener mucho cuidado...

—¿Y por qué devolveríais la vida a un *mierdecilla* como yo? —dijo al fin, con voz entrecortada.

De inmediato se oyeron risas por toda la sala. Brais echó una mirada a Teseo, era el único del público que seguía serio. Todos los demás parecían complacidos, o incluso divertidos. Beowulf se estaba riendo y la tía aquella de nombre italiano, no contenta con reírse, estaba aplaudiendo. Echó una mirada a los jueces, no se reían (Brais dudaba de que fueran capaces), pero se los veía complacidos.

—Buena respuesta —dijo el juez Eaco sin abandonar su tono marcial, y se volvió al público—. ¡Silencio en el gallinero! —¿Aquello había sido un chiste? El caso es que se cuadraron todos.

—Soy gallego —alcanzó a replicar Brais.

—Devolvarte la vida —prosiguió el juez Eaco— es algo difícil pero está en mi mano conseguirlo. Me preguntas por qué y la respuesta es mucho más sencilla de lo que parece: porque hay cosas que consideramos mejor que se hagan en el mundo de los vivos y hacerlas nosotros mismos se halla fuera de nuestro poder.

—¿Esperáis que las haga yo? —Brais no se lo creía.

—Efectivamente —comentó el juez Minos—. Creemos que tú puedes dar la talla.

—Eso te convertiría en nuestro emisario —dijo Radamantis—. Y la recompensa será algo más que la vida.

Brais había dejado de comprender nada de lo que estaba pasando.

—El título concreto es el de admovi, que significa *el que es ubicado lejos* —prosiguió Eaco—. Ese término se estandarizó en el siglo I de la era cristiana. La oferta es sencilla: nosotros podemos devolverte a la vida que tenías antes, con un gran poder y talento para disfrutar esta nueva vida a cada instante, y, a cambio, tú realizas una serie de misiones para nosotros.

—¿Una especie de agente secreto? —preguntó Brais.

—Una visión un tanto simple —sentenció Minos—. Pero tan válida como cualquier otra.

—Tendrás que hacer mucho más que espiar y combatir —intervino Radamantis—. Debes actuar en muy distintas soluciones. Y siempre bajo tu responsabilidad.

—El motivo por el cual se te hace la oferta es que sabes pensar —dijo Eaco—. Tienes una mentalidad seria y empírica. Todo lo demás puede entrenarse. Para eso he convocado a Teseo.

—Teseo —Brais se volvió al paladín ateniense que seguía sentado mirando para él, más serio que un funeral.

—Él fue el primero y el más poderoso de nuestros emisarios —dijo Minos—. Nadie es tan capaz como él de prepararte.

—¿Y cómo vais a explicar el tiempo que pase en este mundo entrenándome? —preguntó Brais.

—Llevas aquí unos 0,08 segundos —replicó Eaco—. El tiempo aquí transcurre más despacio. El que la eternidad sea infinita no implica que no pueda haber otra eternidad mayor.

—Bueno —dijo Radamantis—, ¿qué nos respondes: quieres vivir o quieres morir?

Brais volvió a sentirse acorralado. ¿Cómo iba a contestar a semejante pregunta? En principio la respuesta parecería fácil: vivir.

Pero estaba claro que no iba a ser tan fácil y luego estaba claro que los jueces esperaban un sí para formar a un nuevo... ¿Cómo se decía? Admovi. Dirigió la mirada a Teseo y la camarilla de personas que lo acompañaban, encabezadas por Beowulf.

—Teseo... —dijo al fin—, tú contestaste que sí.

—Sí —replicó Teseo—. Y no fui el único, de hecho todos los aquí presentes contestaron que sí.

—Yo volví a la vida en el siglo VII —dijo Beowulf.

—Yo acepté lo que los jueces me ofrecían —dijo Kambei—. Y me convertí en samurái para cumplir sus misiones.

—Yo fui más práctica: me dediqué al teatro —sentenció Donatella.

—¿Y...? —Brais no sabía muy bien qué decir—. ¿Os arrepentisteis?

—¡Nunca! —restalló Beowulf.

—No —corroboró Kambei.

—Yo tampoco —sentenció Donatella.

Pero Teseo se había quedado callado.

—Cometí muchos errores —dijo—. Pero si me preguntas si me arrepiento de haber sido admovi, la respuesta es no.

Brais no sabía si aquellas respuestas eran tranquilizadoras o aterradoras. Pero por lo menos le habían dejado algo claro.

—Yo... —balbució—, yo... ¡Yo quiero vivir!

—¡Excelente! —dijo el juez Minos—. En ese caso, tu aprendizaje comenzará desde ahora mismo. Cuando estés preparado, podrás abandonar este reino y volver con tu familia.

—Pero debes tener en cuenta una cosa: una nueva vida implica un nuevo juicio —le advirtió Radamantis.

—¿Cuál era la sentencia de este? —preguntó Brais.

—Eso no lo sabrás hasta que tengas la sentencia del siguiente —dijo Eaco—. Y, cuando eso llegue, te aseguro que no te importará lo más mínimo —hizo una pausa—. ¡Se concluye la sesión!

*

De acuerdo con las órdenes de los jueces, Teseo se convirtió en el mentor de Brais y se lo llevó a un lugar diferente del Hades. Un extraño lugar semejante a un volcán frío y triste. En él, se reunieron Teseo y Beowulf, además de otros tantos personajes extraños.

—Supongo que te preguntas qué estás haciendo aquí —dijo Teseo.

—Aciertas —replicó Brais, sin entender.

—Es muy sencillo —sentenció Teseo—. Los jueces desean algo y nuestro deber es enseñarte a hacer ese algo.

—Y lo más importante es que sepas *qué* es ese algo —prosiguió Beowulf.

Brais no osó contestar.

—Bien —prosiguió Teseo—. Lo que sucede es muy sencillo: el mundo del que vienes y al que volverás está poblado por numerosas criaturas que tú llamarías mágicas: elfos, vampiros, licántropos...

—¿Qué?

—Lo que oyes —Teseo prosiguió—. Además de los *potomoi*, *rusalkas* y *vodianoi*. Todos estos seres son parte del equilibrio de la Tierra y tu trabajo es evitar que se rompa ese equilibrio. Además, están los dioses.

—¿Los dioses? —Brais ya estaba dispuesto a creérselo todo.

—No los dioses de las grandes epopeyas —prosiguió Teseo—. Todos ellos se marcharon hace mucho, asqueados del comportamiento egoísta y oscuro de los humanos. Pero sí hay algunos dioses que amaban la Tierra demasiado para abandonarla: es el caso de *Sedna*, *María Castaña* o la *Baba Yaga*. Estos dioses son tan parte de la Tierra como el océano y el núcleo.

—Y viven en ella —comprendió Brais.

—En efecto —sentenció Teseo—. Todos estos seres saben que algún día compadecerán ante los jueces y algunos tratan de evitarlo. Otros lo asumen. Pero lo importante es impedir que cometan crímenes y atrocidades. Los dioses no, pero los seres arcanos sí. Esa será una de tus misiones. Otra es ayudar a esas razas (y dioses) a defenderse de sus enemigos.

—¿Qué enemigos? —inquirió Brais.

—Unos que conoces bien. ¿Te dice algo el concepto de *cleros profesionales abrahánicos*?

—¿Los curas...? —respondió Brais, no muy seguro.

—Y los rabinos y clérigos musulmanes —concretó Teseo—. Todos ellos ven su origen en la historia de Abraham, que abandonó Ur hasta la región de Canaán por los designios de un dios. Esta historia no es más que una fábula hebrea de doble objetivo: por un lado, legitimaba la reclamación de los hebreos sobre el país de Canaán (moderna Israel) y, por la otra, los ennoblecía emparentándolos con la noble región de Sumeria y su capital Ur, en la que sus vencedores babilonios veían sus orígenes y patria de Gilgamesh y Endiku. Pero nada de esto tiene que ver con Abraham, Moisés, Jesús o, siquiera, Mahoma, sino...

—Con los cleros que detentan un poder secular en su nombre —comprendió Brais—. A la Iglesia no le gusta la competencia, de ahí las cruzadas e inquisiciones. Y sus denostados parientes del judaísmo e islam no son mejores que ellos.

—En efecto —corroboró Teseo.

—Así que tratan de quitar de en medio a todo el que no se arrodille ante ellos —comprendió Brais—. Son muy territoriales.

—No lo habría dicho mejor —dijo Teseo—. Pero no es tan simple: entre los seres arcanos también hay criminales a los que debes enfrentar. Ni todos los elfos son buenos ni todos los curas son malos.

—¿Y cómo sabré quién es quién? —a Brais le parecía importante.

—Ese es tu principal cometido —sentenció Teseo—. Y es lo que de verdad te debemos enseñar. Las directrices del admovi.

—Las directrices —eso no era esperado.

—Directriz base: investigar, analizar, concluir. Puedes considerarla la directriz cero. Directriz principal: actuar en base a esas conclusiones, considérala la directriz uno —dijo Teseo—. Nada es tan importante como eso; si no consigues aprender a ejecutar

las dos directrices, nada de lo que podamos enseñarte tendrá ningún valor.

—¿Y tú vas a enseñarme?

—Cuando acabe contigo, no te reconocerá ni la madre que te parió —replicó Teseo, para inmediatamente cambiar de expresión—. También te enseñaré que tu nueva condición tendrá pegas, y muy serias.

*

Amparo tuvo que esperar a los servicios de emergencia casi media hora. Tiempo que tuvo para amargarse ante la idea de volver a ser hija única. Por fin llegó la policía y poco después una ambulancia que la sacó del coche. Los del SAMUR le entablillaron el brazo izquierdo para que se lo escayolaran en el hospital.

Pero ella estaba catatónica. Como si no escuchara ni viera nada.

Los policías tuvieron que sacarla poco menos que en brazos hasta la ambulancia para que pudieran tratarla. A los médicos les pareció un caso de shock, aunque no daba demasiadas muestras.

—¿Cómo te encuentras? ¿Mejor? —le preguntó una enfermera algo más joven que ella y con cara de optimista.

Amparo eligió guardar silencio lacónica. El optimismo de aquella chica no bastaba para contagiarla. «Brais se ha ido», ese era el único pensamiento que era capaz de articular.

En el coche, los médicos y policías no tenían muchas dudas sobre el estado de su hermano menor.

—Este está muerto —dijo uno de los médicos.

—¡Qué careto tiene! —dijo otro.

—Debe de haber sido consciente de los golpes que lo han matado —observó el primero—. ¡Pobre chico! No tuvo una muerte limpia.

—¿Ahora qué hacemos? —preguntó uno de los médicos.

—Lo único que se puede hacer —dijo un sargento de la Policía Nacional—. Llevar el fiambre y a la chica al hospital e informar a la familia.

—Los padres de estos dos viven en Santiago —dijo el médico—. Los conozco de algo.

—Pues expréseles mis condolencias —dijo el sargento de la policía.

Por fin sacaron el cadáver de Brais y lo tendieron sobre una camilla. Le cerraron los ojos y lo envolvieron en mantas limpias antes de subirlo a la ambulancia. Amparo, al volver a verlo, rompió a llorar. La enfermera que la había estado cuidando le dio la vuelta para impedir que viera el cadáver hasta que lo hubieron envuelto en un sudario blanco.

Al final los tenían a los dos tendidos en la ambulancia. El cadáver de Brais envuelto en un sudario y a Amparo con el brazo entablillado y seriamente mareada.

—Tienes una fractura en el radio y el cúbito —le dijo uno de los médicos—. Pero es una herida limpia y con unas semanas de entablillamiento todo se habrá arreglado.

—¿Y mi hermano? —preguntó ella, aferrándose a una pequeña esperanza.

—Tu hermano está muerto —dijo el médico—. Muerte cerebral. El resto de su cuerpo está activo pero no te voy a dar esperanzas: el cerebro está destrozado.

Amparo se quedó callada, mirando el vacío con sus ojos negros. Destrozada.

—Hemos hablado con vuestros padres —prosiguió el médico—. Nos estarán esperando en el hospital. Ya lo saben todo.

Amparo quiso girarse, pero no pudo. Se sentía furiosa e impotente.

—¿Quieres hablar? —preguntó el médico—. Quizá te sienta bien.

—No tengo nada que decir —dijo ella—. He perdido a mi hermano.

—Pero tú sigues aquí —insistió el médico—. Eso es importante.

—¿Por sus órganos? —restalló Amparo.

—Si los donáis, no me quejaré —replicó el médico, armado de paciencia—. Pero la paciente ahora eres tú. Has perdido un hermano menor al que querías, pero sigues viva y tienes que seguir adelante.

Amparo no contestó. «¡Está muy afectada!».

—¿Te sientes culpable? —preguntó el médico. Ella se volvió.

—¡Yo... era la que conducía! —replicó ella, ahogada por el dolor—. *Braisño* aún no tenía la edad de sacar el carnet. Siempre me habían dicho que conduzco bien, pero... ahora...

—Los de la policía me han dicho que tu coche estaba abollado —continuó el médico—. Hubo otro coche implicado en el accidente.

—Sí —dijo ella—, se cruzó en medio pero yo no lo vi hasta que fue demasiado tarde. No fui capaz de esquivarlo y dimos una vuelta de campana.

—¿Qué hizo el otro coche? —intervino el médico.

—Marcharse —replicó ella, aturdida.

«Hijo de puta», pensó.

—Entonces no tienes la culpa de la muerte de tu hermano —sentenció el médico.

—¡No pude salvarlo! —replicó ella.

—No puedes decir eso —replicó el médico—. ¡Ese tipo era un cabrón y tendrá su merecido! Pero no puedes encerrarte en que no salvaste a tu hermano. Porqué quizá no pudiste o quizá no fuera el accidente lo que mató al chico. No lo sabremos hasta hacerle la autopsia. Tienes que mirar hacia delante, por tus padres que te esperan y por tu hermano, creo que eso es lo que él habría querido para ti.

—Usted no lo conoció —sentenció ella, molesta.

«Se nota que esto no es mi fuerte», asumió el médico.

*

En el Hades, Brais no sabía ya cuánto tiempo llevaba entrenando. Teseo era un maestro severo y, en cierto modo, arrogante. Pero

sabía enseñar. Le enseñaba a Brais técnicas de lucha, magia y le hablaba de las llamadas razas arcanas.

No era el único maestro de Brais. Beowulf lo ayudaba en las lecciones de lucha y también le enseñaba algo sobre criaturas antiguas. Beowulf, rey de Dinamarca. Beowulf el gran guerrero. Beowulf el lujurioso y fornicador. Beowulf el admovi impaciente. El único e inimitable Beowulf.

También tenía otros maestros no menos importantes. Quizá Meridio Ambrosino (léase el Mago Merlín) y Chang Sang Feng fueran los maestros en las disciplinas místicas más reconocibles.

Y luego estaba Eratóstenes, el mayor geógrafo de la Antigüedad. Le enseñaba cómo funcionaba el oculto mundo arcano.

Y Teseo ocupaba el papel de tutor, era el que más le enseñaba. Y el más fuerte.

—Las razas arcanas tienen distintas categorías —le explicó Eratóstenes—. Y también su interacción con los humanos ha tenido distintas consecuencias. Por ejemplo, los licántropos, que son aniformes, tuvieron una importancia capital en el esplendor que vivió el Imperio romano y, por extensión, la cultura clásica en el siglo II después de Cristo. Su mentalidad más práctica, resistente y fiera los hizo buenos guerreros y constructores para los emperadores.

—Por lo que los emperadores les ofrecieron una serie de acuerdos —prosiguió Teseo—, según los cuales obtenían derechos y privilegios a cambio de cooperar con Roma.

—Algo parecido sucedió con los vampiros en el Renacimiento italiano —prosiguió Eratóstenes—. Entre ellos se encontraron numerosos maestros y musas de los grandes expertos del Renacimiento clásico. También tuvieron un papel en la sombra en la decadente Inglaterra victoriana.

—Por consiguiente —comprendió Brais—, los vampiros y lobishomes son muy valiosos para la sociedad.

—No —replicó Teseo—. Pueden ser muy útiles pero también pueden ser funestos. El ejemplo típico fueron las cacerías de hu-

manos realizadas por los potomoi en los siglos IX y VIII antes de Cristo, de las que vienen las leyendas sobre sirenas.

—En el paso de la Baja Edad Media al Renacimiento —prosiguió Eratóstenes—, los Estados Pontificios crearon el primer ejército destinado a combatir a las criaturas arcanas: los paladines templarios, cuya función era la limpieza, limpieza étnica.

—Se dedicaban a matar a los vampiros, elfos y licántropos —prosiguió Teseo—. No era la primera vez que aquello sucedía, la Iglesia católica combatía a los licántropos desde los tiempos de Carlomagno y las órdenes ortodoxas se dedicaban a matar a los vampiros desde hacía siglos. Pero por primera vez se fundó un ejército bendecido por el papa de Roma que buscaba la absoluta purga de estas criaturas del mundo. En Italia, esta misión se vio bloqueada por la corrupción, pero en el resto de Europa los paladines templarios se unieron a una reciente innovación de la Iglesia católica española: la Inquisición. Unidos, inquisidores y paladines templarios realizaron auténticas carnicerías en toda Europa, lo que llevó a los vampiros y elfos a apoyar a Lutero y a los protestantes. Primero contra el Emperador Carlos V y luego en la Guerra de los Treinta Años. La Paz de Westfalia fue para ellos una victoria pírrica: los protestantes también formaron un ejército para eliminarlos.

Eso fue una revelación inesperada.

—Esa es la peor de todas las lecciones, pero también la más importante: cada cual va a lo suyo y en el mundo hay auténticos cabrones sin integridad —prosiguió Teseo.

—¿Y cómo sabré...?

—Esa es precisamente la razón por la que debes ser analítico y serio —le explicó Teseo—. Esa es la base de todo lo que conseguirás en tu nueva vida.

Las lecciones de combate le asqueaban, pero entendía que tenía que hacerlo. Teseo y Beowulf ni se molestaron al principio en combatir contra él, dejando que fueran adversarios menores. Primero fueron lecciones cuerpo a cuerpo, luego disparo y esgrima.